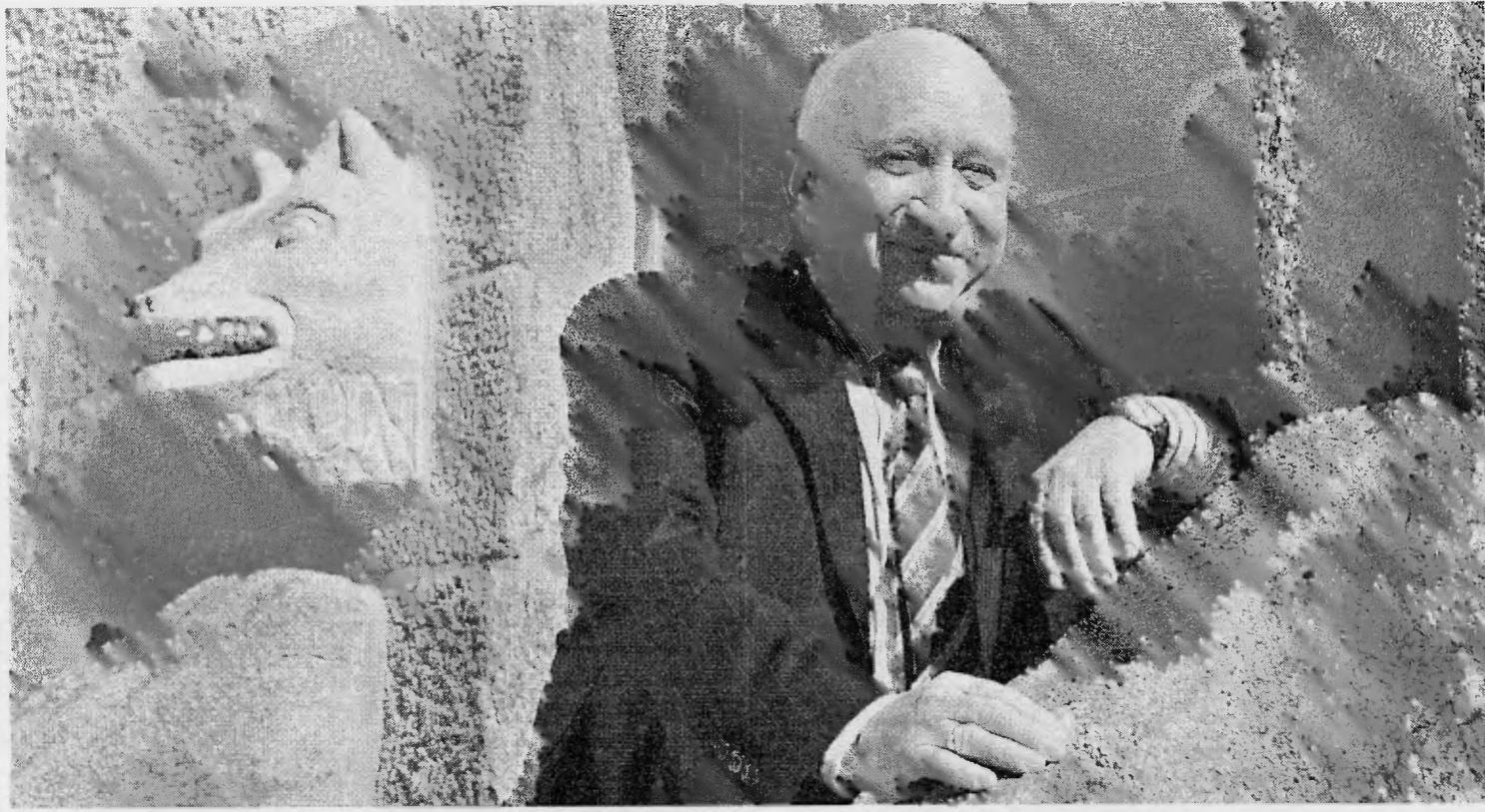


RETORNAR A... CORCUBIÓN | LUIS LAMELA GARCÍA



Luis Lamela García en la entrada de la iglesia de Corcubión, un lugar por cuyas inmediaciones sigue paseando con frecuencia a día de hoy | XESÚS BUA

«Os amigos da infancia seguen aquí, pero a miña é unha actividade aillante»

En el ultramarinos-taberna de sus padres escuchó las primeras historias de vida

REPORTAJE
Patricia Blanco

CARBALLO | Luis Lamela García nació en noviembre de 1945. Sus primeros recuerdos están asociados a la calle Peligros, empinada y en el corazón de Corcubión. También a dos viviendas. La número 12, primero, y la número 11, después. La primera la tenían sus padres alquilada cuando él nació y, la segunda, la comprarían más tarde, cuando pudieron. Con el tiempo, adquirirían de nuevo la número 12. Y ahora, poseen las dos.

Liga sus juegos de niñez al Campo de San Antonio o Campo da Vila, a donde pertenecen también las «lembranzas» de las fogatas de San Xoán. Era el epicentro de la diversión, aunque el fútbol o la construcción de cabinas en el monte se llevaban, por otro lado, parte del tiempo de los jóvenes de aquel Corcubión. También la playa, como la de Santa Isabel o la de Quenxe, era un buen punto de encuentro. «Para bañarnos cando era tempo de facelo e, cando non, para coller berberechos ou para bordear parte do litoral polas pedras». El mar forma parte del paisaje de su niñez, «algo que, se non existise, habería que inventar». La jornada de escuela, recuerda, era partida. El resto del día se pasaba jugando en la calle. Así fue creciendo él y sus

hermanos. Son cuatro, tres varones y una chica, la más pequeña. «Ela foi o xoguete».

En el ultramarinos y taberna que tenían sus padres, O Avión, Luis fue tomando contacto con las primeras historias de vida. «Alí aprendemos, axudabamos e alí vimos pasar os problemas e as inxerencias de moita xente, de mariñeiros, de labregos, de gardas cívicas...». Participaba de todo ello y la relación social que trabó con todas aquellas vivencias fue enorme.

El contacto de la amistad

Junto a sus amigos Carlos y Juan José, Luis Lamela formaba parte del Trío Calavera. Así se les conocía en el lugar. «Os amigos da infancia seguen aquí, pero a miña é unha actividade aillante. Investigar e escribir acaban por aillarte do mundo». Recuerda todo ello de camino a su casa natal, desde la plaza de la iglesia de Corcubión, un paseo que procura hacer siempre que puede. Vuelve con frecuencia para ver a su padre, quien de joven fue marinerero, después formó parte de la Marina Mercante y, finalmente, al tiempo que lo compaginaba con el ultramarinos, trabajó también en Transportes Finisterre. Su madre falleció no hace mucho. «Traballaron a destajo», dice. A su madre, además de en el ultramarinos, la recuerda sacando tiempo para hacerles la ropa



Luis Lamela García (izquierda), con sus padres y sus otros tres hermanos



Lamela, en un partido de fútbol

a él y sus hermanos. Era costurera. «Logo xa nos foron gustando os escaparates». El caso es que, en un tiempo de penurias, la suya no era una familia con necesidad, «aínda que para vivir ben había que traballar moito. Eles quixeron a mellor saída profesional para nós». Lamela reproduce ahora, con mucho gusto (y en verano casi todos los días) ese recorrido desde la iglesia a su casa natal. Siente devoción —aunque la misa del domingo, siendo niño, se procuraba evitar— por las calles que rodean al templo. «É unha das zonas mellor conservadas».

En el Campo da Vila, donde el suelo de su infancia era de tierra, había tres símbolos de una manera de entender la vida: la capilla de San Antonio, un cru-

ceiro y un gran hórreo que ya no está. Con el paso de los años, el círculo de acción se iba ampliando: llegó la juventud, las tardes de cine de Corcubión o las salones de baile. Como «o da Palma» (inicios de lo que después sería la orquesta Nova Palma) situado entre Cee y Corcubión. También los de Sardiñeiro, Fisterra, A Ponte do Porto, Vimianzo u O Pindo. En el de Fisterra, sin ir más lejos, entabló relación con la que hoy es su esposa.

Las fiestas patronales, como las de San Marcos y las Mercedes, se vivían a lo grande: «Naqueles días, nas casas facíase pan de ovo e, uns meses antes da festa comprábase un cabrito e alimentábase para logo matalo. Hoxe iso xa non queda. Tamén nas Mercedes había miles de persoas. Viñan en autobús ou a pé e quedaban a durmir. Ceaban e pasaban tamén pola taberna de meus pais, onde dabamos comida toda a noite. Recordo ringleiras de xente esperando na porta porque non había sitio. Hoxe, como moito, a xente vén á hora da orquesta, porque xa hai outras formas de comunicarse. Aquilo póño de menos». El domingo de Pascua, toda la familia iba «comer a fóra». Al castillo de Corcubión, por ejemplo. Su madre hacía tortillas con mucho huevo. También en la fiesta de San Pedro, recuerda, había muchas meriendas. Hoy, quizás, hay más, «pero daquela era doutra maneira, máis festa, porque se vivía con máis aldeanismo».

SU FICHA

Nombre y edad: Luis Lamela, 64 años
Profesión: Jubilado de la banca. Ahora, escritor, investigador e historiador
Lugar de residencia: A Coruña
Lugar de origen: Corcubión
Un recuerdo: Lo mucho que trabajaron sus padres por un futuro para sus hijos

Letras para retomar unas vidas perdidas

La facilidad de Luis para aprender no fue tanta en el instituto ceense Fernando Blanco. Se distraía con unas cosas y otras —como los cómics— y, en el tercer curso de bachillerato laboral, plantó. Se puso a trabajar, primero como ayudante administrativo y después en el Rexistro de Propiedade, todo ello en Corcubión. No era el futuro que deseaba, así que retomó sus estudios y, «por ser curta», inició la carrera en la Escuela de Náutica de A Coruña. Entró becado y compaginó las clases con el trabajo en una compañía de trolebuses. El obtener una de las primeras becas que concedió la Fundación Barrié le permitió centrarse en los estudios y preparar unas oposiciones para Caixa Galicia. Aprobó y lo llamaron, pero quería experimentar lo que había estudiado. Consiguió una excedencia y se embarcó seis meses, en los que anduvo por el mar Caribe o el golfo de Alaska. Después, empezó en la banca. Se casó recién terminada la carrera y vive en A Coruña desde los 22 años.

Ilusión por escribir

Cinco antes se había iniciado con varios artículos en periódicos como La Voz y bajo seudónimo. Aparcó a un lado esa pasión cuando empezó a trabajar en la Caixa, aunque sí dejaba su impronta literaria en revistas de la empresa. Con 40 años vio alcanzado el nivel profesional que deseaba y, de nuevo, retomó lo que en realidad le gusta: «Comecei a investigar no 87 sobre a Guerra Civil. Cautivoume polo sufrimento que descubrín, unha xeración masacrada. Tratei de recuperar aqueles episodios para devolverlles a dignidade roubada cun silencio imposto». Trajo a la actualidad con sus libros sobre esta etapa —el último es *Escapado*— personajes como Pepe Miñones, de quien había escuchado hablar en la taberna paterna. Cuando uno toca tan delicados incluso está sujeto a tópicos, como aquel que habla de rojos. Se requiere soledad y disciplina, «algo que me impide ter a vida social que eu quixera». Sin embargo, puede más la satisfacción y la ilusión por «retomar vidas» con sus líneas.